

CELEBRACIÓN DEL TRIUNFO MILITAR DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA AL RENACIMIENTO

Santiago LÓPEZ MOREDA¹

*«Zagalas del Ebro,
laureles tejed
y a nuestros guerreros
ciñamos la sien»²*

RESUMEN

Una vez más el mundo clásico romano nos da luz para contemplar una tradición militar arraigada secularmente: la celebración de un triunfo. Desde la primitiva austeridad romana, con símbolos como las coronas de diferente tipo, pasando por el deseo de perpetuar las gestas militares más notables, la tradición pagano-cristiana se fue enriqueciendo con una serie de monumentos conmemorativos de los triunfos militares, destacando las columnas, carrozas y arcos y puertas, que encuentran su momento de máximo esplendor en el Renacimiento con tres figuras señeras: Alfonso V el Magnánimo, rey de Nápoles y Sicilia, Maximiliano I de Austria y Carlos V. En la conmemoración de sus triunfos podemos observar la pervivencia de los elementos clásicos paganos en perfecta simbiosis con los nuevos elementos introducidos por el cristianismo y sobre todo el Renacimiento.

PALABRAS CLAVE: desfile triunfal, corona, columna, arco, iconografía, carro, virtudes.

¹ Catedrático de Filología Latina. Universidad de Extremadura (Cáceres). El presente trabajo se inscribe en el Proyecto de Investigación «El exemplum en la retórica clásica, Plutarco y Valerio Máximo: su proyección en la Historiografía hispano-lusa en lengua latina de los siglos XV y XVI» (FF12008-00939).

² Del Himno de Zaragoza tras el sitio de las tropas napoleónicas.

ABSTRACT

Once again the classical Roman world provides a window into a military tradition rooted in the secular: the celebration of a triumph. From the ancient Roman austerity, with symbols such as crowns of different sorts to the wish of perpetuating the most remarkable military heroic deeds, the pagan-Christian tradition was enriched by a series of memorial monuments of the military triumphs. Among them it is worth mentioning columns, carriages, arches and gates, which reach their zenith during the Renaissance with three unique figures: Alfonso V the Magnanimous, king of Naples and Sicily, Maximilian I of Austria and Charles V. In the commemoration of their triumphs we can observe the survival of classical pagan elements with those introduced by Christianity and, above all, by the Renaissance in perfect symbiosis.

KEY WORDS: triumphal march, crown, column, arch, iconography, carriage, virtues.

* * * * *

0. Consideraciones previas

La historia de una nación o de un pueblo no pocas veces se ha hecho siguiendo su política exterior basada en los conflictos armados mantenidos con otros pueblos. Las victorias explican el éxito nacional, hasta llegar incluso a conformar un imperio, mientras que las derrotas o el fracaso ante otras potencias pueden ilustrarnos de la progresiva caída y la consiguiente extinción de dicha nación.

Conscientes de la importancia militar, los historiadores de todos los tiempos, al menos hasta que la economía se erigió en eje central de las explicaciones del devenir histórico, circunscriben la historia de una nación al progresivo dominio de dicha nación sobre las que le disputan su hegemonía, simbólicamente representado en la celebración de los triunfos militares, circunscritos en torno a un general vencedor, pero también auténtica imagen de una crónica histórica bajo diferentes manifestaciones artísticas: arcos, columnas, grabados, carros triunfales...

Tres casos paradigmáticos son los de la República y el Imperio romano (simbolizados en varios cónsules y emperadores), el Sacro Imperio Romano Germánico de los Habsburgo (simbolizado en Maximiliano I) y el Imperio

español (simbolizado en Carlos V). De los tres hablaremos en las páginas que siguen tratando de demostrar la existencia de un denominador común que nos ilustra sobre la forja de dichos imperios: **la iconografía presente en la celebración de los triunfos militares, el poder de la imagen.**

1. Sobre el derecho a celebrar el triunfo

Posiblemente la noticia más antigua y explícita, aunque breve, a propósito de la celebración de un triunfo militar, es la que nos transmite el historiador romano Tito Livio cuando narra que en la guerra de los romanos contra los ecuos en la primera mitad del siglo V a. C. Lucio Quincio Cincinato, ante el peligro que se cernía sobre Roma tras el cerco al que se vio sometido el cónsul Lucio Minucio, degradó a éste, derrotó a los ecuos y el Senado le concedió la celebración del triunfo:

«A instancias del prefecto de la ciudad, Quinto Fabio, se reunió el Senado en Roma, mandó que Quincio entrara en triunfo con el ejército que le acompañaba. Delante del carro hicieron ir a los jefes de los enemigos y las enseñas militares; seguía a continuación el ejército cargado con el botín. Se cuenta que hubo banquetes delante de todas las casas y que los comensales con los cantos del triunfo y las burlas solemnes seguían el carro. Ese mismo día por acuerdo unánime se le concedió el derecho de ciudadanía a Lucio Mamilio Tusculano»³.

Tito Livio señala ya una serie de características inherentes unas a la celebración del triunfo propiamente dicho, a saber: vencer a un enemigo externo, aprobación del Senado, desfile de los jefes militares enemigos con las enseñas derrotadas, presencia de un carro triunfal y desfile del ejército vencedor con el botín; e inherentes otras al comportamiento de la ciudadanía: banquetes y cánticos solemnes a la vez que burlescos⁴.

Un buen ejemplo de éstos nos queda en la biografía de algunos generales y emperadores. Así, a propósito de la celebración del triunfo de Julio

³ Romae a Q. Fabio praefecto urbis senatus habitus triumphantem Quinctium quo veniebat agmine urbem ingredi iussit. Ducti ante currum hostium duces, militaria signa praelata, secutus exercitus praeda onustus. Epulae instructae dicuntur fuisse ante omnium domus, epulantesque cum carmine triumphali et sollempnibus iocis comisantium modo currum secuti sunt. Eo die L. Mamilio Tusculano adprobantibus cunctis civitas data est (Liv., III 29, 4).

⁴ Los requisitos para poder celebrar un triunfo son claros en el mundo romano. Suetonio, en la *Vida de los Doce Césares*, a propósito de *Augusto* (capítulo XXII), nos dice que entró en Roma dos veces con los honores de la ovación (*ovatio*), después de la guerra de Filipos y la de Sicilia. En ambas había vencido sobre los romanos, por eso sólo cabía la ovación ya que no había ampliado el imperio ni derrotado a enemigos extranjeros. En cambio celebró tres triunfos tras vencer en Accio, Dalmacia y Alejandría.

César tras someter las Galias, la literatura latina nos transmite los siguientes versos alusivos a su condición bisexual:

*Gallias Caesar subegit, Nicomedes Caesarem;
Ecce Caesar nunc triumphat, qui subegit Gallias;
Nicomedes non triumphat, qui subegit Caesarem*

«César sometió las Galias, Nicomedes a César;
Ahora César celebra el triunfo, el que sometió las Galias;
Nicomedes no celebra el triunfo, el que sometió a César»⁵.

.....

*Urbani, servate uxores, moechum calvom adducimus
Aurum in Gallia effutuisti, hic sumpsisti mutuum.*

«Romanos guardad a vuestras esposas, traemos un cabrón calvo.
Jodiste en la Galia el dinero, aquí acumulaste deudas».

Otra de las fuentes documentales más serias y mejor informadas sobre el mundo clásico romano y foráneo son las *Noches áticas* de Aulo Gelio, del siglo II d.C., una verdadera enciclopedia del saber y de las instituciones antiguas, naturalmente, también de las militares. En el libro II Gelio dedica todo un capítulo a la celebración de los triunfos militares y dice al respecto que algunos generales deseaban que se decretase el derecho a celebrar el triunfo por unas batallas de escasa importancia:

«Para salir al paso de estas pretensiones se estableció por ley que sólo podía tener este honor quien hubiese dado muerte en una sola batalla a cinco mil enemigos; nuestros antepasados estimaban que el prestigio de nuestra ciudad sería más grande basándose no en la cantidad sino en la gloria de dichos triunfos».

Y añade que para que una ley tan preclara no se desprestigiase por el deseo desmedido de gloria, contó con el apoyo de una ley posterior que amenazaba con un castigo a los generales que osaran comunicar al senado un número falso de enemigos muertos en combate o de ciudadanos romanos caídos en el mismo y ordenaba que, nada más entrar en Roma, debían jurar ante los cuestores de la ciudad que los datos proporcionados al senado sobre los enemigos muertos y los ciudadanos romanos caídos eran correctos.

⁵ Advierto al lector poco avezado a latines sobre el significado del verbo *subegit*, esencialmente usado para la acción de montar el macho a la hembra.

El propio Gelio, a propósito de los generales Quinto Fulvio y Lucio Opimio, tras conquistar Capua el primero y someter a los fregelanos el segundo, nos dice que ambos solicitaron al senado la facultad de celebrar el triunfo, que ambos fueron sobresalientes en las acciones llevadas a cabo, pero ninguno de los dos obtuvo lo solicitado: la observancia de las leyes tenían establecida la concesión del triunfo sólo cuando se ampliaban los límites del imperio, pero no cuando se recuperaba lo que había sido ya propiedad del pueblo romano.

Del mismo modo, aunque alguien hubiera realizado gestas ilustres y además sumamente provechosas al Estado, si se trataba de una guerra civil, no recibía el título de «imperator», ni se decretaban acciones de gracias a los dioses, ni recibía la *ovatio*, ni entraba en carro triunfal porque, al ser estas victorias necesarias, siempre se consideran tristes ya que se habían obtenido a costa de sangre patria y no de sangre extranjera⁶.

2. La ceremonia del Triunfo

Mezcla de lo **militar** y lo **religioso**, originariamente cumplía dos funciones, dar gracias a los dioses y purificar a los combatientes. Al desfilar alrededor de la ciudad, los soldados se purificaban simbólicamente de la sangre que habían derramado y ofrecían el botín a Júpiter, a Marte y a Hércules. Sólo después, los soldados y su comandante, el *vir triumphalis*, podían entrar en Roma.

El general victorioso, caracterizado como Júpiter, con el rostro pintado de rojo, iba en un carro, vestía la *toga purpurea*, la *túnica picta*, y la *tunica palmata*, lucía una corona de oro y llevaba un cetro en forma de águila. Junto a él, en el carro, un esclavo le susurraba al oído «recuerda que tan solo eres un hombre», para de esta manera impedir que el general no despertar la ira de los dioses. Es en este contexto en el que hemos de situar los cánticos jocosos de los soldados alusivos a la condición de mortal del

⁶ Así por ejemplo, con gran dolor, Nasica dio muerte a Tiberio Graco y los partidarios de Opimio a su hermano Gayo. Quinto Cátulo, una vez muerto su colega Marco Lépido con todas sus fuerzas sediciosas, regresó a Roma mostrando una alegría moderada. También Gayo Antonio, vencedor de Catilina, volvió a llevar al campamento las espadas limpias de sangre. Lucio Cinna y Gayo Mario ciertamente habían hecho derramar abundante sangre de ciudadanos romanos con gran avidez, pero no se dirigieron de inmediato al templo y a los altares de los dioses. Por último, Lucio Sila, que puso fin a numerosas guerras civiles de consecuencias sumamente crueles e insólitas, al celebrar el triunfo con el poder que había obtenido y consolidado, aunque desfiló con la reproducción de muchas ciudades de Asia y Grecia, no lo hizo con ninguna de las ciudades romanas. (Gelio, II, 8).



general victorioso. Líneas atrás acabamos de ver cómo a César se le recordaba en los versos triunfales que era a la vez un cabrón, un homosexual y un derrochador.

La procesión se iniciaba en el Campo de Marte y terminaba en el Capitolio, en el templo de Júpiter Capitolino, al que se ofrecían la corona de laurel, las fasces y el sacrificio de toros blancos, cuyas cabezas se adornaban con guirnaldas (*bucráneos*). Siempre el componente religioso y militar juntos, como veremos que sucede también en las celebraciones triunfales del Renacimiento.

Es evidente que celebraciones de esta naturaleza eran efímeras y solo dejaban rastros en los documentos literarios, cuando los había; de ahí el deseo de perdurar y para ello la necesidad de conmemorar los triunfos en soportes más duraderos y visibles que los meramente literarios. Es así como dieron comienzo los monumentos conmemorativos, pero esto no ocurrió hasta bien avanzada la República romana y sobre todo con el triunfo del poder personal en el Imperio.

3. *Los primeros símbolos del triunfo. Las coronas*

Volvamos a los primeros tiempos de Roma y con Aulo Gelio como guía comprobemos la primitiva sencillez y austeridad en los honores militares simbolizados en los diferentes tipos de coronas:

«Las coronas militares son numerosas y diversas. De ellas las más prestigiosas son más o menos, según la tradición, las siguientes: la triunfal, la de asedio, la cívica, la mural, la castrense y la naval. Y hay también otra que se conoce como ovacional y, por último, la de olivo, que se suele dar a los que no participaron físicamente en el combate, pero contribuyeron al triunfo.

Las **coronas triunfales** son de oro y se conceden a los generales para honrar su triunfo.

El vulgo suele llamarlas «oro coronario»⁷. En los primeros tiempos eran de **laurel** y después empezaron ya a ser de oro⁸.

La **corona de asedio** es la que dan al general que los libera aquellos que han sido liberados de dicho asedio. Esta corona es de **césped** y se tenía la costumbre de que fuese del césped nacido en el lugar objeto de asedio. El Senado y el pueblo de Roma entregaron esta corona de césped a Quinto Fabio Máximo durante la Segunda Guerra Púnica por haber liberado a Roma del asedio del enemigo. Recibe el nombre de «**corona cívica**» la que un ciudadano da a otro que le ha salvado la vida en combate y testimonia perpetuamente que a él le debe la salvación. Y está hecha de **fronda de encina** porque de la encina se cogía el fruto y alimento en la antigüedad; también se hizo esta corona de las **hojas de carrasca**, que es la más parecida a la anterior...

Sin embargo Masurio Sabino⁹ en el undécimo libro de sus *Memorables* dice que la corona cívica se concedía no sólo al que salvaba la vida de un ciudadano y a la vez daba muerte a un enemigo sin abandonar la posición en combate; en otras condiciones dice que no tenía derecho a la concesión de la corona cívica. Dice también que a Tiberio César se le consultó si se le podía conceder la corona cívica a quien había salvado la vida a un ciudadano en combate y allí mismo había dado muerte a dos ciudadanos, pero que no había conservado su posición y los enemigos se habían apoderado de ésta. Dice que contestó que también en este caso le parecía digno de tal honor,

⁷ En la República solía ser obsequio de los vencidos.

⁸ En realidad, en la celebración del triunfo, el general vencedor llevaba ceñida una corona de laurel y un esclavo sostenía con sus manos sobre la cabeza del general una corona de oro.

⁹ Jurisconsulto romano de tiempos de Tiberio y Nerón, discípulo de Ateyo Capitón, autor de un *Derecho civil*, *Memorables* y *Libros civiles*, ampliamente citados por los juristas posteriores. Es el fundador de la escuela que lleva su nombre. En ocasiones sus seguidores son llamados también Casianos, continuadores de Sabino Casio Longino.

porque había salvado la vida a un ciudadano en una posición tan desfavorable que incluso combatiendo con coraje no habría podido mantener. El antiguo censor Lucio Gelio estimó en el Senado que el cónsul Cicerón debía recibir esta corona cívica porque gracias a su intervención había sido descubierta y vengada aquella atrozísima conjuración de Catilina.

Corona mural es la que le da el general al primero en ascender a la muralla y además lo hace abriéndose paso a la fuerza; y por esta razón está decorada con una especie de almenas.

Corona castrense es la que da el general a quien entra primero en el campamento enemigo combatiendo; esta corona tiene como distintivo una empalizada.

Corona naval es la que suele darse al primero que salta armado sobre la nave enemiga en un combate naval; ésta tiene como distintivo el espolón de una nave. Tanto la mural, como la castrense y la naval suelen estar hechas de oro.

La **corona de la ovación** (*ovalis*) es de mirto; se la ponían los generales cuando entraban en la ciudad mientras todos les ovacionaban. La causa por la que se concede la *ovatio* y no la celebración del triunfo es que, cuando una guerra no ha sido declarada conforme al ritual y no se ha realizado contra un enemigo justo, o bien el enemigo es de poca importancia y no apropiado, como por ejemplo, cuando se trata de esclavos o piratas, o bien cuando se ha producido una rendición de inmediato, «sin polvo», como suele decirse, se obtiene una victoria incruenta. Entendieron que para estas victorias fáciles lo apropiado era la fronda de Venus, porque el triunfo obtenido parecía más propio de Venus que de Marte. Y Marco Craso, al regresar entre aclamaciones, una vez concluida la guerra de los esclavos fugitivos¹⁰, despreció insolentemente la corona de mirto y procuró, valiéndose de favores, que se le concediera la corona de laurel y no la de mirto.

Marco Catón censura a Marco Fulvio Nobilior¹¹ que gratificara a sus soldados con coronas por hechos de poca monta para obtener cargos públicos. He transcrito las palabras textuales de Catón sobre este hecho: «Para empezar, ¿quién ha visto que se dé una corona a quien no ha tomado ciudad alguna ni prendido fuego a ningún campamento enemigo?». Sin embargo, Fulvio, contra quien Catón dijo lo anterior, concedió coronas a los soldados porque habían construido una empalizada o porque habían cavado un pozo con esfuerzo.

¹⁰ Se trata de la guerra contra los esclavos capitaneados por Espartaco.

¹¹ Marco Fulvio Nobilior, cónsul el 189 a.C., enemigo de Marco Emilio Lépido, con el que se reconcilió pese a que lo culpaba de no haber sido elegido cónsul los dos años anteriores. Ambos construyeron la basílica Fulvia-Emilia, según cuenta Varrón (*De lingua latina* 6, 4). Obtuvo triunfos importantes en Hispania, según relatan Cicerón (*De oratore*, 2, 71) y Livio (40, 42-45).

No debe pasarse por alto lo que concierne a la *ovatio*, asunto sobre el que percibo claras discrepancias en los escritores antiguos. Unos escribieron que el que iba a recibir la *ovatio* solía entrar a caballo; pero Sabino Masurio dice que entraban a pie y que le seguían no los soldados, sino el Senado en pleno¹²».

4. *El auge del poder personal. Manifestaciones triunfales: columnas y arcos*

Indudablemente el primer triunfo militar de gran renombre durante la República romana fue el naval de Milas durante la Primera Guerra Púnica. Por primera vez un ejército sin apenas marina, al mando de Cayo Duilio, logró derrotar a la flota cartaginesa despojándola de sus espolones para adornar con ellos una columna levantada a tal efecto en el Foro de Roma.



¹² Aulo Gelio, *op. cit.*, V, 6, *Sobre las coronas militares*; cuál de ellas es la triunfal, cuál la de asedio, cuál la cívica, la mural, la castrense, la naval, la ovacional y la de olivo.

Lo que de verdad pasa a la historia para conocimiento de las generaciones venideras no es tanto lo que sobre el particular nos narra Tito Livio, el gran historiador de la Roma republicana, ni las breves noticias que sobre el particular nos legan Valerio Máximo, Aulo Gelio y otros anticuarios romanos, es este monumento, que serviría además de modelo a otras columnas, como la de Trajano, conmemorativa de la conquista de la Dacia, sin duda el mejor documento histórico sobre dicha campaña, una auténtica crónica de las gestas romanas, indudablemente de más valor que las propias fuentes literarias. En ella, como si se tratar de un libro (*volumen*), y con doscientos metros de «historia escrita en piedra» se pueden seguir las dos guerras de la Dacia con Trajano¹³ y su séquito.



¹³ La figura del emperador aparece en más de cincuenta ocasiones y el relato se asemeja al de un *volumen* que se va leyendo a medida que se extiende el papiro o pergamino.

Paulatinamente, pues, la celebración de los triunfos militares con su deseo de permanecer no sólo en los documentos literarios, se hizo notar en la arquitectura, cuyo mejor exponente son los arcos triunfales¹⁴. En el caso de Roma, por la influencia que tendrá después en toda la historia militar, los más representativos son los de Tito y Constantino. En ellos, a modo de narración histórica aparecen dos elementos que siglos después desarrollará el Renacimiento: la **crónica histórica**, «escrita» en piedra y la **alegoría de las virtudes** cívicas y militares que dan gloria al vencedor al identificarse con ellas. Insistimos, pues, en la pervivencia de los dos elementos con que nace la celebración del triunfo en la antigüedad clásica, el religioso y el civil.



Arco de Tito (Roma)

El arco de Tito conmemora la victoria de Tito sobre los judíos y en él conviven el relato histórico militar y el religioso: Tito marcha sobre un **carro triunfal**, tras él vuela la **Victoria** que corona al héroe mientras **Roma**, divinizada, conduce el carro, rodeado por los lictores coronados de **laurel** y portando las fasces y el candelabro de siete brazos.

¹⁴ Ya en la República se erigieron los primeros, pero el verdadero apogeo vino con Augusto, llegando a contarse más de treinta en el siglo IV sólo en Roma. La proliferación en todo el Imperio fue tal que no merece detenerse en ello.



Arco de Constantino (Roma)

El Arco de Constantino conmemora la victoria de este emperador sobre Majencio en la batalla de Ponte Milvio en el año 312 d.C. Merece especial interés porque su compleja decoración representa la asimilación de elementos que atañen a la vida de Constantino, pero también de otros emperadores, como Trajano, y en sus medallones y frisos, además de escenas de batalla, aparecen sacrificios y distribución de dádivas... El emperador, que entra triunfante en Roma, es seguido por la **Victoria** alada, que le ciñe la **corona del triunfo**. Delante camina la diosa **Roma** y le acompañan estandartes, tubas y cornetas. En otra losa, el emperador a caballo es seguido por la guardia pretoriana entre la que destacan los portaestandartes (*signiferi*) cerrando la escena una serie de soldados con las cabezas de los vencidos.

La historia militar y artística posterior se inspira en esta amalgama diacrónica y fruto de ello son la presencia de alegorías en numerosos arcos a la vez que recuerdos de victorias militares de diferentes tiempos, pero que conmemoran siempre la nación como tal, más allá del personaje que erige el monumento o en torno al cual se erige. Así ocurre, por ejemplo, con el Arco del Triunfo en París conmemorativo del triunfo militar en la batalla de Austerlitz de 1805, pero que recoge también otras gestas francesas, o con la Puerta de Alcalá de Madrid sobre cuya inscripción exterior figura un escudo de armas sostenido por la **Fama** y el **Genio** (nuevamente las alegorías paganas) y en la fachada interior, sobre los arcos laterales, las cuatro virtudes cardinales: **Prudencia, Justicia, Templanza y Fortaleza**.



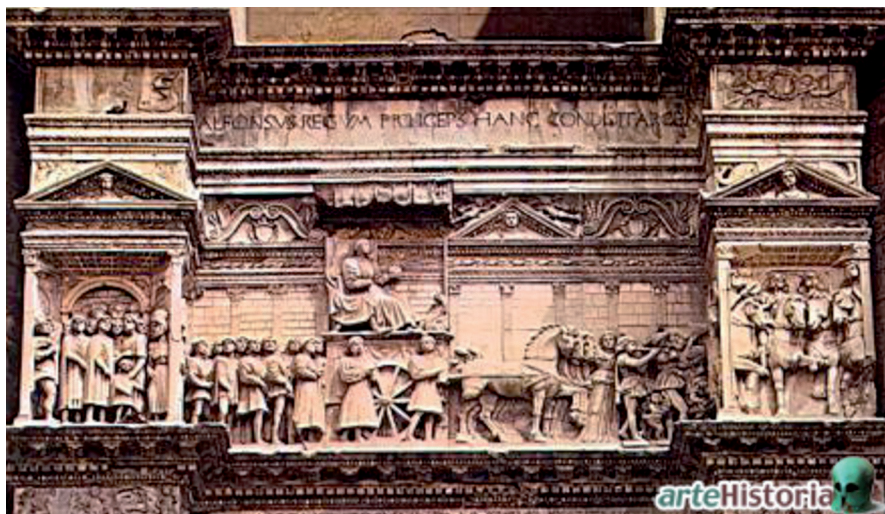
5. La complejidad renacentista. Arcos y carrozas

5.1. El triunfo de Alfonso V de Aragón

El Renacimiento, italiano primero y europeo después, recuperó los dos componentes genuinamente clásicos y paganos, el **religioso** y el **militar**, para crear una nueva forma de celebración de los triunfos: a estos dos componentes añadió el **cristiano**, de larga tradición medieval, pero especialmente significativo tras la Reforma protestante, a modo de simbiosis de todas las manifestaciones triunfales.

El monumento que marca esta simbiosis, y que servirá después de modelo a otros monumentos conmemorativos o desfiles triunfales, es el que celebra la entrada triunfal de Alfonso V el Magnánimo en Nápoles.

Basado en el *Triunfo alfonsino* que escribió en su día Antonio Beccadelli, el Panormita, como apéndice a los *Dichos y hechos memorables del rey Alfonso de Aragón*, podemos observar cómo esta crónica literaria se hizo pétrea, tal y como ya había ocurrido en la antigüedad clásica:



EL TRIUNFO ALFONSINO

ALFONSVS REGVM PRINCEPS HANC CONDIDIT ARCEM

(Alfonso, el primero de los reyes, construyó esta fortaleza)

Arco triunfal de Castelnuovo de Nápoles, conmemorativo de la entrada en la ciudad de Alfonso V el Magnánimo. En los relieves se puede apreciar a Alfonso V subido al carro triunfal, del que tiran cuatro caballos blancos, en el momento que entra en la ciudad precedido de sus heraldos y sus guerreros.

Tras conquistas parciales en el reino de Nápoles, Alfonso V entra triunfalmente en la ciudad en 1443, es reconocido por Eugenio IV y firma un acuerdo con él para enfrentarse a los Sforza.

Cuando se disponía a subir al carro triunfal no faltaron quienes le aconsejaron que se tiñera la cara con minio, a la manera de quienes celebraban un triunfo. Se cuenta que el rey les respondió a éstos que sólo a Baco¹⁵ convenía el minio, porque había sido el inventor no sólo del triunfo, sino también del vino.

El cronista oficial nos cuenta que incluso en esta celebración el rey dio pruebas de su moderación y clemencia y así, a diferencia de lo que ocurría en las celebraciones de triunfo romanas, una vez que concluyó la guerra tan cruel y duradera y decretaron y prepararon el triunfo del rey, éste dijo que no debían ir delante del carro triunfal los reyes y pueblos que había vencido

¹⁵ Además de dios del vino, Baco es el dios de la celebración del triunfo militar en conmemoración de su campaña en la India, país que conquistó en el curso de una expedición. De ahí nació la costumbre de celebrar el triunfo sobre un carro (tirado por panteras y adornados con pámpanos en el caso de este dios). Una de las figuras alegóricas más significativas en la imaginería renacentista es precisamente la del carro triunfal sobre el que marcha el emperador, y en el ámbito religioso, el triunfo de la Eucaristía.

como si de prisioneros se trataran, y ordenó que le acompañasen marchando tras él con todos los honores, como si se tratara de aliados.

Una prueba más de esta moderación alfonsina se puso de manifiesto con motivo del emplazamiento del arco. Dice a propósito de ello Beccadelli:

«Cuando los ciudadanos de Nápoles, todos sin excepción, decidieron erigir un arco triunfal en honor de Alfonso por su valor y clemencia, eligieron un lugar sobre las gradas de mármol de la Iglesia Mayor. Pero como no podía hacerse si no se derruía en una gran parte la casa de Nicola María Buzzuti, un magnánimo y generoso soldado, el rey prohibió que se hiciera, diciendo que él no tenía en más valor un arco de esta naturaleza, levantado con piedras resistentes a la lluvia y al viento, que el permitir que derruyesen la casa de un viejo amigo, y además íntimo, cuyos servicios tanto en la guerra como en la paz, y toda su fortuna habían estado a disposición del rey con absoluta fidelidad»¹⁶.

Siguiendo una vez más al historiador, veamos los componentes clásicos presentes en la celebración del triunfo:

«Después que el rey y los grandes del reino decidieron celebrar Consejo en Nápoles, dejando Benevento¹⁷, se dirigieron primero a Aversa y después al **templo de San Antonio**, que se halla **fuera de los muros de Nápoles**; allí se detuvieron durante algún tiempo hasta que estuvieron preparadas todas las cosas necesarias para el espectáculo del triunfo.

En efecto, todos los ciudadanos de Nápoles de manera unánime habían decidido recibir al rey triunfante tanto por su maravillosa victoria como por la clemencia extrema de que había hecho gala. Así pues, el día 26 de febrero, el rey junto con los demás grandes del reino se dejó ver en la Puerta Carmelitana junto a la cual los ciudadanos habían derruido una parte no pequeña de las murallas y dejado un espacio abierto en honor del rey que entraba victorioso. Y allí dispusieron el **carro triunfal**, de gran altura y dorado.

En la parte más alta de éste estaba colocado el **trono revestido de oro y púrpura**. Cuatro corceles **blancos** estaban uncidos al carro para hacer rodar otras tantas ruedas, los cuatro muy fogosos, enjaezados con riendas de seda y frenos de oro. Frente al trono del rey estaba también en la curia el asiento aquel amenazante que parecía echar llamas entre las enseñas del rey, y por cierto, muy llamativo.

¹⁶ BECCADELLI, A.: *El triunfo alfonsino*, traducción de S. López Moreda, Akal Clásicos medievales y renacentistas, Madrid 2010 (de próxima aparición).

¹⁷ Ciudad de la Campania, célebre por el triunfo de los romanos contra Pirro el año 275 a.C. Es innegable el recuerdo histórico de lo que supuso para Roma la guerra contra Pirro y de lo que significaba la presencia en esta ciudad para quien deseaba celebrar un triunfo.

En torno al carro estaban de pie veinte **nobles** patricios sosteniendo cada uno de ellos su vara correspondiente a las que estaba sujeto en la parte superior un **palio de oro**, algo tan bonito que nunca se había visto cosa igual en tal menester; de los extremos más altos pendían alrededor las enseñas del rey, del reino y de la ciudad, de manera muy hermosa todas ellas.

A su vez, bajo este palio, o mejor sombrilla, el rey, sentado, había de ser llevado como triunfador; pero antes de subir al carro, decidió decir o hacer algo digno de su persona. Así pues, llamando primero a su lado a Gerardo Gaspar de Aquino, le dijo: «Muchacho, por los méritos y servicios de tu padre, te nombro Marqués de Pescara, y a la vez que te nombro, te exhorto a que mantengas la fidelidad, constancia e integridad de tu padre, en cuyo honor hoy te honramos con tan sublime dignidad y que lo que has logrado gracias a tu padre, a partir de hoy lo conserves y acrecientes con tus propias virtudes».

«A ti también, Nicolás Centelmo, por tu fidelidad y obediencia, te nombramos Duque de la ciudad de Sora¹⁸, y a ti, Alfonso Cardona, por tus preclaras acciones militares y singular valor, te nombramos Conde de Regio».

Con estas palabras más o menos y con la misma gratitud de ánimo ascendió también a otros muchos al rango de condes; a Francesco Pandono, de Venagno; a Juan de San Severino, de Nursia; a Francisco, también de San Severino, de Morata; a Américo, de Capaccio.

A continuación, le concedió el título de caballeros a un número casi incontable de hombres por los méritos contraídos. No me detengo en dar sus nombres para así poder pasar en mi relato a hablar de cosas más importantes y a la vez más placenteras.

Tras estos nombramientos, en el nombre de **Cristo**, verdadero Dios y Sabio, al que quiso siempre atribuir **todo mérito de la victoria**, subió al carro, con un vestido de seda y escarlata dejándolo caer hacia atrás, tachonado con pieles que llaman zobelinas, y la cabeza descubierta. Y es que nunca pudieron convencerle, aunque se lo pedían muchos nobles, de que aceptara una **corona de oro**, como era costumbre de quienes celebraban un triunfo. Yo creo que la razón fue que él entendía, dada su singular modestia y sentido piadoso, que **la corona correspondía con mucha más razón a Dios que a cualquier mortal**.

Pero cuando se le vio sobresaliendo en el carro surgieron un **clamor** y aplausos tan grandes de hombres y mujeres, puestos en pie, viéndole pasar desde los tejados de sus casas, que ni siquiera el estrépito de las **trompetas**

¹⁸ En el Lacio.

ni el tocar de los **flautistas**, aunque eran casi incontables, podían apenas oírse ante el clamor jubiloso de la gente¹⁹.

Entre tanto, podían verse incluso algunos hombres que lloraban de alegría, y otros que reían de gozo, no faltando quienes sencillamente se quedaban estupefactos ante la novedad de lo que veían. Sin embargo, tras avanzar un poco, se detuvo hasta que salió en formación el grupo que iba delante. Entre ellos, los primeros de todos, los florentinos, que habían organizado variados juegos con gran esmero, y además sin reparar en gastos. Iban en el siguiente orden: por delante, inmediatamente detrás de los que tocaban flautas y trompetas, diez adolescentes en hilera, con vestidos dobles de seda y escarlata adornados con plata y margaritas, según había dictado la imaginación y el afecto de cada uno, con botas de púrpura, o mejor, como dice el vulgo, escarlatas, muy semejantes a las de plata y gemas, montados todos en caballos de eximia belleza y también éstos enjaezados por doquier de campanillas y cascabeles que iban sonando. Iban apoyados en estribos, de tal manera que, si alguno tocaba la silla un poco con sus nalgas, se ponía rojo como si hubiese hecho algo feo; en la mano diestra, levantada, llevaban una lanza pequeña pintada y entrelazada de flores de varias clases, que unas veces hacían girar en torno a su cabeza y otras veces las echaban hacia delante, como si fueran a golpear, y otras las agarraban, según la ocurrencia de cada uno.

Todos llevaban la cabeza entrelazada de algunas láminas de oro, que al pasar ante el rey, cogiendo las riendas con la mano izquierda, se las quitaban inclinando la cabeza.

Iba tras éstos la **Fortuna**, señora de todas las cosas, y también ésta era llevada en una especie de carro alto, con los cabellos sueltos delante de la frente y la cabeza, sin embargo, calva; y a sus pies había una esfera enorme de color del oro que llevaba un niño con los brazos extendidos a la manera de un ángel y este ángel tenía sus pies como en ondas de agua.

Un poco detrás seguían a la Fortuna las **seis virtudes** atadas a seis caballos bellamente aparejados, vestidos muy honestamente y a la antigua. Además, para que pudieran ser reconocidas, cada una llevaba delante su propio símbolo. La primera de todas, la **Esperanza**, llevaba una corona; a continuación, la **Fe**, que llevaba un cáliz; después, la **Caridad**, que llevaba un niño desnudo. En cuarto lugar iba la **Fortaleza** sustentando en sus manos una columna de mármol. La quinta era la **Temperancia (Moderación)**, que llevaba en sus manos dos vasos y mezclaba el vino con agua. Y la última era ya la **Prudencia**, que llevaba un espejo en la mano derecha y en la izquierda exhibía al pueblo una serpiente.

¹⁹ Es innegable la evocación de la *ovatio* con que el pueblo romano recibía al general victorioso.

Faltaba la **Justicia** que, como reina de todas las otras²⁰, no contenta con ir en su caballo, era transportada en un púlpito sobresaliendo en altura, visible más que ninguna por su ornato y ropajes. En la mano diestra llevaba una **espada desenvainada** y en la izquierda, en cambio, una **balanza** dando a entender que haría valer su poder sobre aquellos que la seguían y la respetaban. Detrás de los hombros, en un lugar más elevado, había un trono decorado también con oro y púrpura sobre el que tres ángeles, como si descendieran del cielo, parecía que cada uno prometía su propia corona a todo aquel que mereciera un asiento como éste por respeto a la justicia.

Tras este hermosísimo trono iba un nutrido tropel de caballeros, príncipes y nobles vestidos según su lugar de origen. Pero, del mismo modo que éstos iban detrás del trono, así también iban delante del carro de un falso emperador. Venía, pues, el emperador sobre un púlpito muy eminente y profusamente adornado al que se accedía por unas gradas recubiertas. Sobre este trono iba sentado el emperador, ceñido con una corona de laurel, armado, cubierto de un manto, llevando en la mano diestra el cetro y en la izquierda una esfera de oro. A sus pies se movía constantemente una esfera terrestre. Se detuvo ante Alfonso y le habló en los siguientes términos con versos en lengua materna:

«Alfonso, el más excelso de todos los reyes, te exhorto a que observes siempre hasta el fin de tus días estas siete virtudes que hace poco has visto pasar ante ti y que siempre has observado. Y si así haces, como sé que vas a hacer, las que ahora te muestran triunfante ante el pueblo, alguna vez te harán merecedor de aquella silla imperial que hace poco has visto desfilar y deseado. Como viste, la Justicia iba con ella para que entendieras que sin justicia nadie logrará la verdadera y firme gloria. Pero nunca confíes en la Fortuna que hace poco viste pasar con los cabellos de oro delante de la cara: es voluble y poco segura. He aquí también el mundo que da vueltas y, salvo la Virtud, todo lo demás es incierto. Has de seguir cultivándola, como vienes haciendo, de la manera más sagrada posible. Yo le pediré a Dios Todopoderoso²¹ que te conserve a ti en la prosperidad, pero a Florencia en la libertad»²².

²⁰ La Justicia, como reina de todas las virtudes, contaba ya con una larga tradición pagana. Es la virtud que sirve de cimiento al edificio de la República ya en Platón. Santo Tomás, siguiendo los pasos de Aristóteles, introduce los valores sociales del cristianismo en la noción de bien común y de servicio público, que son los que fijan los límites del poder. Cf. STEGMAN, André: «Le modèle du prince», en J. Lafond (ed.), *Le modèle à la Renaissance*, J. Vrin, Paris, 1986, p. 118.

²¹ Traducimos recogiendo los apelativos de *Optimus Maximus*.

²² Por razones cristianas, se han sustituido los versos triunfales, de contenido erótico y burlesco que cantaban los soldados recordando al triunfador su condición de mortal, por las palabras del falso emperador que invitan a la moderación. No olvidemos que tras esta admonición el falso emperador vuelve a ocupar su lugar entre el público.

Esto dijo al emperador y volvió a mezclarse con el séquito. Y siguieron a continuación en doble fila los florentinos, en número aproximado de setenta, todos ellos vestidos de púrpura y escarlata.

Tras éstos venían los españoles, esos que los latinos vulgarmente conocemos como catalanes, y también éstos ejecutando juegos de gran espectacularidad y alegría, pues traían una especie de caballos hechos a mano, completamente parecidos a los que están vivos y son de verdad, enjaezados, a los que montaban jóvenes con vestidos que le llegaban al suelo. Y cuando estos jóvenes movían con sus pies los caballos, unas veces echaban a correr, y otras, dando un giro, tan pronto parecía que iban a acometer como que iban a huir. Los jinetes tenían en la mano izquierda un escudo pintado con las enseñas del rey y en la diestra una espada desenvainada.

A su encuentro venían unos soldados a pie, vestidos a la manera de sirios y persas, con un aspecto amenazador con sus tiaras y sables. Caballeros e infantes, al unísono, se movían siguiendo un ritmo, y a veces saltaban rítmicamente, a la manera de quienes forman un coro. Después, con la excitación provocada por el canto, también ellos se encendían en deseos de luchar y trababan combate. Y así, con gran clamor de los soldados y no menor risa de los que estaban de pie, de vez en cuando combatían a espada, hasta que los españoles, vencedores, ponían en fuga a los bárbaros, los hacían prisioneros y los aniquilaban.

Tras éstos venían una enorme torre de madera maravillosamente decorada, cuya entrada vigilaba un ángel con la espada desenvainada, pues sobre ella iban cuatro virtudes: la **Magnanimidad**, la **Constancia**, la **Clemencia** y la **Liberalidad**. Y éstas llevaban delante un asiento peligroso, aquel que era la enseña del rey, cantando una canción cada una con sus propios versos. El primero de todos, el ángel, mirando al rey, le habló más o menos en los siguientes términos:

«Rey Alfonso, te ofrezco esta torre y las cuatro ínclitas virtudes que sobre ella están, y te las doy en mano; a ti, que siempre las has respetado y abrazado, ahora quieren acompañarte en la celebración del triunfo».

Tras el ángel, la **Magnanimidad** exhortaba al rey a la excelencia del alma. A continuación, mostrándole a aquellos bárbaros, que los españoles habían puesto en fuga y vencido, para que él entendiera que, si alguna vez emprendía una guerra contra los infieles y los que abominaban del nombre de Cristo, los españoles estaban preparados y no había duda de que saldrían vencedores.

La tercera era la **Constancia**, el condimento de todas las virtudes, y también ella aconsejaba al rey a que soportase con ánimo fuerte y constante las contrariedades humanas, si alguna vez llegaban, y a que no se apartase de

los propósitos honestos y gloriosos ante ningún infortunio; como que todas las circunstancias del azar son superables.

Después la **Clemencia**, con el rostro más alegre que ninguna, se miraba en el rey, como si de un espejo se tratara, y le dijo:

«Rey, estas hermanas mías te convierten en el más importante de los mortales. Yo, en cambio, no te hago igual a los hombres sino a los dioses. Ellas te han enseñado a vencer y yo a ser clemente con los vencidos y a “tratar de ganártelos”».

Tras hablar de manera tan breve, guardó silencio.

Por último, la **Liberalidad** prodigaba dinero al público, dando a entender que el rey, satisfecho con la gloria de sus actos, regalaba todo lo demás a sus gentes.

Puestas en orden tan admirablemente todas estas escenificaciones y precediendo al carro, venían a continuación cinco hombres nobles vestidos con clámide escarlata, uno por cada distrito de la ciudad. En efecto, la ciudad de Nápoles está dividida en cinco distritos que ellos llaman *Sedilia* por el lugar donde se sientan. Estos cinco hombres iban delante del carro dirigiéndolo, guiando los caballos y ordenando todo el cortejo, unas veces con un bastón que llevaban en la mano derecha y otras con la simple autoridad que todos respetaban.

Y ya marchaba Alfonso, venerable en su augusta majestad y digno de ver por la dignidad de todo su cuerpo. Y al final, el clamor de los que aplaudían llegó hasta el cielo. Seguían al carro, todos a pie, todos los nobles y señores del reino en cuatro filas: los primeros de todos eran Fernando [Ferrante], el hijo de Alfonso el triunfador, un niño de talento preclaro, y Juan Antonio, el príncipe de Tarento. Éstos iban en medio.

A su diestra iba Raimundo, el príncipe de Salerno, y a su izquierda Abraham, el embajador del rey. Después, el hombre más sobresaliente por su fidelidad y su constancia sempiterna, digno de recordar siempre, Juan Antonio, el Duque de Suesa, junto con Honorato, el Duque de Melfi, Antonio Jantilla, marqués de Cortón y Jacobo, el conde hijo del muy valiente Piccinino.

Después, en su debido orden, también treinta y ocho duques y condes, cerca de cien barones y nobles, innumerables caballeros, hombres sobresalientes, prelados pontificios, hombres de letras; en fin, una multitud casi incontable. Se podría decir que si se llegaba a ver la concurrencia de gente que iba tras el carro, no podía haber hombres en otro sitio que no fuese en la ciudad. Pero así también estaba llena la plaza aquella tan amplia, así todos los tejados, así las ventanas, así las puertas, así los pórticos, así las calles, así los teatros, así todos los lugares estaban repletos de hombres, tanto de los

que habían venido de fuera, de todas partes, para ver el espectáculo, como de los napolitanos mismos. Era tal la concurrencia que si no eras capaz de ver toda la muchedumbre que venía tras el carro, dirías que ya no podía haber más hombres.

Alfonso iba ya por medio del **arco triunfal**²³ y habiendo contemplado los recuerdos de sus hazañas, se dirigió hacia el distrito de los banqueros, donde el pavimento de las calles estaba repleto de flores y fronda que habían esparcido previamente. Y lo que nunca se había visto ni leído, las ventanas mismas de las casas estaban entrelazadas con paños de seda y brocados de abundante oro. Y debajo como de este cielo de oro, Alfonso, entre aplausos de todos los plateros y comerciantes, llevado en medio de un nuevo espectáculo de juegos y alegría increíbles, llegó a la plaza cercana a la Puerta Nueva, donde le esperaba una multitud de jóvenes y doncellas hermosísimas que entonaban cantos, y de coristas y flautistas que salían al encuentro del rey con increíble alegría y anhelo.

En esta plaza, como en las otras, las paredes estaban revestidas con tapices y tapetes traídos de otros países; las mujeres, además, vestidas de color púrpura, oro y gemas, muy suntuosas todas ellas: en el lujo radicaba la loa a su mismo rey, señor, padre, benefactor; volvía a salir y desatarse nuevamente todo el boato y ornamentación.

Así pues, dejando sus cantos y danzas, o para ser más exactos, interrumpiéndolos, todas las niñas, de rodillas, con las manos unidas, como si de algún dios se tratara, adoraban al rey presente como protector de su virginidad.

Lo mismo hacían los hombres por haber conservado su vida y sus bienes.

Y marchando desde allí a otra plaza que se llama de El Puerto, se encontró con otro grupo de bailarines semejante, y con el mismo júbilo y no menos hermosamente vestido, con idéntico número de doncellas, con el mismo encanto y vestimenta, con la misma gratitud y reverencia, recibieron al rey como su salvador.

De allí fue llevado a una tercera plaza, noble y antigua, que en nada desmerecía de las anteriores, pues te podías quedar atónito ante los ornamentos de las paredes, la variedad de sus pinturas y la multitud de doncellas y de la belleza de éstas, o quedarte embelesado por los cánticos, o tal vez complacido como nunca por los bailes.

²³ En él figuraba la siguiente inscripción: ALPHONSVS REX HISPANICVS SICVLVS ITALICVS PIVS CLEMENS INVICTVS. De este simbolismo dice Ryder, *Alfonso el Magnánimo, rey de Aragón, Nápoles y Sicilia: 1396-1458*, p. 424: «al igual que el triunfo que conmemora, el arco es una miscelánea de simbolismo cristiano y pagano, de estilo clásico y gótico, una imagen fiel de sus propias y divergentes ilusiones».

Y ya en este lugar todos dieron las gracias al más piadoso y clemente de los reyes. Y llegó por fin a la vetustísima Plaza de la Montaña con semejante recibimiento, semejantes muestras de gratitud y semejante afecto, donde fue recibido por hombres y doncellas. Desde allí, avanzando hacia el graderío de mármol de la **iglesia de la Madre María**, se bajó del carro y, con toda la pompa de príncipes y nobles que reseguían, entró en el templo, donde rezó humildemente al verdadero Jesucristo atribuyéndole a Él la gloria de la victoria, la gloria del triunfo y los honores de todas las virtudes.

A continuación, nombró caballero a Juan Ricio por todos los méritos contraídos para con él y volvió a subir al carro entre enormes muestras de alegría y el aplauso de una multitud increíble de doncellas que le esperaban en la Plaza de Capua.

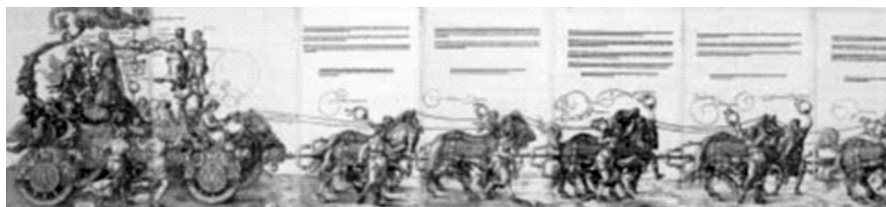
Nunca hubo en parte ninguna tanta magnificencia de preparativos, ni tanta hermosura de vírgenes doncellas, ni tanta generosidad de los hombres, ni tanta gratitud de ánimos, o en suma, nunca un aparato tan grande de personas y medios. De aquí fue llevado el rey al Castillo de Capua, próximo a esta espléndida plaza, ya al atardecer».

En la celebración del triunfo alfonsino figuran, pues, las mismas virtudes que en la antigüedad clásica, es decir, las cuatro virtudes cardinales:

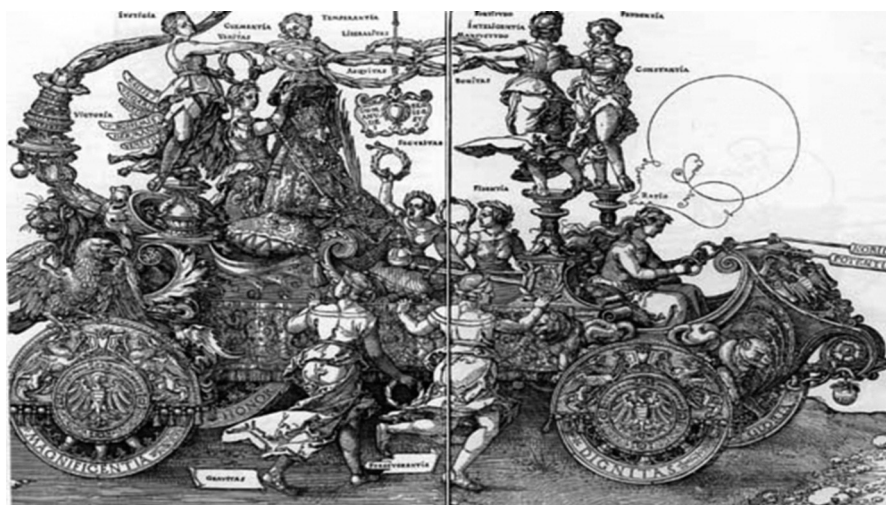
CICERÓN	VALERIO MÁXIMO	PANORMITA
<i>(De inv., II, 160 ss.)</i>	<i>(Hechos y dichos...)</i>	<i>(Dichos y hechos)</i>
1. prudencia	sabiduría	prudencia
2. justicia	justicia	fortaleza
3. fortaleza	fortaleza	justicia
4. temperancia	temperancia	temperancia

5.2. El Triunfo de Maximiliano I:

Más allá de la importancia histórica como iconografía que exalta la figura del Emperador, el carro triunfal es todo un compendio de las virtudes que



Durero, El Gran carro triunfal de Maximiliano I (1522)



Detalle de la carroza

debe tener un príncipe cristiano. Estas virtudes en el mundo clásico, del que emana evidentemente el Renacimiento, habían sido ya fijadas por Cicerón, Tito Livio, Séneca y Plinio entre otros²⁴, pero muy especialmente por Valerio Máximo en sus *Hechos y dichos memorables*²⁵.

Para este historiador romano, receptor de la tradición republicana, las virtudes fundamentales eran las llamadas cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y moderación o templanza. Emanadas de éstas ensalza también la abstinencia, la continencia y la modestia.

Valerio Máximo, por su amplio corpus de más 800 ejemplos, se erige en modelo de la doctrina de príncipes, y así podemos constatar su presencia en la obra casi homónima de Antonio Beccadelli, el Panormita, cuando escribe los cuatro libros de *Dichos y hechos famosos de Alfonso, rey de Aragón*. De las virtudes que adornan al rey destaca por encima de todas la de la *gravitas* (37), lo que habla de un hombre de confianza y serio, como ratifica además el calificativo de *fidenter* (de confianza) con el que aparece en 8 ocasiones.

²⁴ Cicerón, *Sobre los deberes*; T. Livio, *Desde la fundación de Roma*, Séneca en *Cartas a Lucilio*, *Consolaciones y Tragedias*; Plinio el Joven en el *Panegirico a Trajano*.

²⁵ De ello hemos hablado pormenorizadamente en nuestra Introducción a los *Hechos y dichos memorables*, ed. Gredos, Madrid, 2003, en «Función de los *exempla* en Valerio Máximo y su pervivencia en la Edad Media y Renacimiento», en Francisco de Oliveira (ed.), *Génese e consolidação da Ideia de Europa*, vol. III, Universidade de Coimbra, Coimbra, 2005, pp. 39-65 y en Valerio Máximo en el Panormita: *el canon de 'virtudes' del rey Alfonso, el Magnánimo*, Edizione Nazionale delle Opere di Lorenzo Valla, Pubblicare il Valla, a cura di Mariangela Regoliosi, Edizioni Polistampa, Firenze, 2010 (en prensa).

Le sigue en importancia la cualidad de fuerte (*fortis*) en 32 ocasiones, y vienen de inmediato las de justo (21), moderado (20), gracioso (20), liberal (18), estudioso (15), piadoso (14), clemente (13) y sabio (12).

Estamos, pues, ante una arraigada tradición doctrinal que opera con criterios moralistas, como la historiografía clásica desde Salustio, mediante la antítesis de virtudes y vicios, y que pasa de la retórica a la historiografía y a la iconografía para modelar la etopeya del biografiado a la vez que proporciona los principios educadores de los príncipes²⁶.

A partir de los dos modelos renacentistas de que hemos hablado relativos al rey Alfonso V el Magnánimo, el de Lorenzo Valla y el de Antonio Beccadelli en su *Triunfo alfonsino*, y el retrato de las virtudes del rey en el caso de Beccadelli, claramente extraído de sus cuatro libros de *Dichos y hechos famosos*, veamos lo que aparece en el carro triunfal de Maximiliano I según lo que el propio Durero escribe en su diseño preparatorio²⁷:

«Este carro es llevado por cuatro ruedas, a saber, la **Gloria**, la **Magnificencia**, la **Dignidad** y el **Honor**, porque en estas virtudes Su Majestad destaca por encima de todos los otros reyes y príncipes.

Después, en los cuatro ángulos del carro, se levantan cuatro columnas, la de la **Justicia**, la **Fortaleza**, la **Prudencia** y la **Moderación**, porque de éstas emanan todas las demás virtudes y ningún rey o príncipe puede gobernar y reinar sin tenerlas en cuenta.

Y como estas virtudes cardinales están íntimamente relacionadas entre sí, de manera que no puede darse una sin las otras, así también las restantes virtudes nacen de ellas y con ellas conviven. Y así, como de la Justicia nace la verdad, mantiene en la mano izquierda la corona de la verdad, a la que acompaña en la mano derecha la Moderación, porque sin la Verdad la Justicia no puede sostenerse y sin ella tampoco la Moderación.

La Justicia en su mano derecha toca la corona de la Clemencia, porque la Justicia no debe ser rígida, sino mezclada de Clemencia, a la que se une una corona, la de la Equidad, porque del mismo modo que la Justicia no debe ser excesivamente rígida, así también no debe ser remisa y blanda».

Las cuatro ruedas son la **magnificencia**, el **honor**, la **dignidad** y la **gloria**. Alegóricamente, pues, están representadas cuatro virtudes militares cuya

²⁶ El cristianismo, como es sabido, llamó cardinales a estas cuatro virtudes y desde la Edad Media se convierten en referente obligado de los *Specula regum* (Espejos de Reyes). Cf. WALTER ULLMANN: *Principles of government and politics in the Middle Ages*. London, 1961, p. 300.

²⁷ Traduzco del latín el texto de Durero.

presencia se da ya en los arcos de triunfo romanos²⁸; las cuatro columnas, como alegorías de las cuatro virtudes cardinales, tampoco son nada nuevo si pensamos que es así ya en la literatura pagana y en la tradición cristiana medieval hasta llegar al Renacimiento. Pero sí es destacable la novedad que supone la **Verdad** (*veritas*) entre la Justicia y la Clemencia, porque es una forma clara de contradecir la idea maquiavélica de las virtudes del príncipe. En este caso asistimos a las virtudes del príncipe cristiano, no el propuesto como modelo por Maquiavelo.

Las otras virtudes que rodean al Emperador y ayudan a empujar el carro son el **Vigor** (*Gravitas*) la **Perseverancia** (*Perseverantia*), la **Seguridad** (*Securitas*) y la **Fidelidad** (*Fidentia*). El guía del carro es la **Razón** (*Ratio*), que empuña las riendas de la **Nobleza** (*Nobilitas*) y del **Poder** (*Potentia*), mientras que sujetan los caballos la **Providencia**, la **Moderación**, la **Alegría** y la **Oportunidad**.

Estamos, en suma, ante el modelo del príncipe ideal concebido por Erasmo, quien dedicó al emperador Carlos V su *Institutio principis chriatiani* impregnado de ideas irenistas y que sin duda encontró su inspiración en este boceto de Durero.

5.3. Las entradas triunfales de Carlos V

5.3.1. La entrada triunfal en Sevilla para celebrar el matrimonio

En la primavera de 1526, cuando ya había derrotado a Francisco I de Francia en Pavía, el Emperador se dirige a Sevilla para contraer matrimonio con Isabel de Portugal. La entrada en esta ciudad la hace por debajo de siete arcos triunfales con leyendas simbólicas de lo que el pueblo esperaba de él. Significativamente el primer arco aparece la inscripción «**Invicto** César, gran señor del mundo». Sobra comentar la alusión a los arcos triunfales erigidos en honor de los sucesivos emperadores romanos, así como el elemento más destacable de los seis arcos restantes: las virtudes de la **Fortaleza**, la **Clemencia** y la **Justicia**, seguidas de la **Paz** y de la **Fe**. A modo de colofón, el último estaba dedicado a la **Gloria** con la rueda de la Fortuna a la que se pedía que detuviera su giro:

²⁸ En el arco de Tito figuran la Victoria, el Honor y el Valor (*virtus*); de hecho era condición imprescindible para la celebración del triunfo de cualquier emperador la Victoria, como atestigua el título genérico de *Invictus*. En el caso de Maximiliano, los triunfos celebrados figuran bajo la Victoria con el nombre de los pueblos sometidos: galos, húngaros, suizos, bohemios, germanos y vénéto.

Tu alto merecimiento
que te levantó en mi rueda,
me manda tenerla queda²⁹

Como podemos observar, en relación con los triunfos anteriores, no aparece ningún elemento nuevo, porque la Paz estaba ya en Augusto, incluso con un elemento arquitectónico conmemorativo propio, la famosa *Ara Pacis*, y la Gloria aparecía igualmente en los arcos romanos.

5.3.2. Entrada en Bolonia

El 5 de noviembre de 1529 el Emperador acude a Italia por Génova, para recibir, una vez llegado a Bolonia en febrero de 1530, la segunda y tercera coronas, pues la primera ya se le había impuesto en Aquisgrán nueve años antes. El cortejo que acompaña a Carlos evoca por completo los desfiles triunfales romanos y sus detalles están narrados con esmero por un contemporáneo de Carlos V, el historiador Paulo Giovio, obispo de Nocera y autor de una *Historia de su tiempo desde 1494 a 1547*, en 45 libros³⁰:

«Recibido con toda la pomposidad de un triunfo... bajo palio y protegido por las armas militares a su alrededor, con su yelmo, sobre un gran caballo blanco, enjaezado regiamente, es conducido a la plaza por la puerta de Módena.

Le precedían cuatro estandartes de jinetes belgas.[...] Venía a continuación la infantería tantas veces vencedora revestida no tanto de los excelentes despojos de los enemigos cuanto por el resplandor de sus armas y de aspecto terrible por su fiereza al son ensordecedor de los tímpanos y marchando al ritmo de las trompetas, a paso firme bajo sus enseñas. Llevaban por delante una sombrilla cuadrada de oro y púrpura los doctores y profesores más célebres en las bellas artes vestidos con togas de seda. A un lado el Emperador iba lo más florido de la juventud boloñesa, no como guardia, sino como símbolo de honor. Le acompañaban el pretor de la ciudad y los decuriones junto con el portaestandarte y cuarenta de los más insignes magistrados y patricios.

En medio de la plaza se colocó Antonio Leyva, con dificultades para andar... llevando delante el uniforme militar del más valiente general por la gloria reciente de su constancia y las hazañas realizadas, era llevado en una silla elevada para que los ojos de todos pudieran verlo. Unas veces las

²⁹ CARRIAZO Y ARROQUIA: *La boda del Emperador*, Sevilla reed, 1997, pp. 108 y ss.

³⁰ Giovio es claramente antiespañol y critica la política seguida en Italia por nuestra nación. Sólo en contadas ocasiones se muestra favorable al emperador Carlos V, más en su condición de defensor de la cristiandad que en calidad de comandante militar.

legiones veteranas de los alemanes, otras las cohortes hispanas en formación cerrada, unas veces de frente y otras dando la vuelta, con la artillería al frente, simulaban choques militares.

Estaban junto al Emperador ilustres magnates [...] Después de ellos venía el **Águila Romana** bordada en oro en un estandarte y también otro estandarte blanco bordado con una **cruz de púrpura**, bajo los cuales iba toda la corte imperial seleccionada de entre lo más sobresaliente de todos los pueblos y los caballeros hispanos más nobles consagrados por la religión seguían los pasos del Emperador. Los soldados pretorianos que formaban la guardia personal del Emperador con sus enseñas respectivas de España, Bélgica y Alemania con vestidos de púrpura cerraban la formación y ocuparon el espacio que quedaba en la plaza.

En el vestíbulo del templo de San Petronio se había levantado un gran púlpito de madera engalanado con colchas y tapices, como la dignidad del lugar requería, en el que los cardenales, obispos y demás sacerdotes menores, siguiendo el orden jerárquico, ocuparon su asiento. En medio, en un lugar más elevado, el Pontífice con su mitra estaba esperando al Emperador. Éste, con los más nobles embajadores de reyes y príncipes a su lado, descendió del caballo y dos cardenales le condujeron por las gradas [...] Era la expresión del Emperador, en su condición de militar, seria, pero a la vez de cierta dulzura y pudor...»³¹.

El Papa le esperaba en lo alto de las gradas de la iglesia de San Petronio junto con el colegio cardenalicio y una vez ungido Carlos con el óleo consagrado por el Cardenal Farnesio, recibe de manos del Papa los símbolos del poder: espada, globo, cetro y corona³².

5.3.3. Entrada triunfal en Roma en 1536

Tras los éxitos logrados en el norte de África como príncipe de la cristiandad (Túnez) y en gran medida para borrar el recuerdo del famoso saco de nueve años antes, el emperador es recibido en Roma por el Papa Paulo III.

³¹ GIOVIO, Paulo: *Historia de su tiempo desde 1494 a 1547*, libro XVII. Edición de Venecia, 1566 (Matthaeus Bosellus). La traducción es nuestra.

³² «200 hombres de armas con sus caballos bien enjaezados y haciendo sonar sus trompetas, seguidos de un tren artillero de 16 cañones, 4000 infantes y en el centro su capitán, el legendario Antonio de Leyva, llevado en silla... Luego otro buen golpe de caballeros borgoñones y flamencos “muy bien armados e sus lanzas en caxa...”. Le seguía parte del séquito imperial, anunciando ya la presencia de Carlos V... “en muy grande caballo encubertado...” bien acompañado de los magnates de todas las partes del Imperio que se habían sumado a su gloria. Cerraban el desfile la guardia imperial y 3000 veteranos de los temibles tercios viejos». Así lo refleja el grabado de Nicolás Hogenberg, imitando en parte al de Dürero para Maximiliano I.

El desfile tiene lugar por la Vía Apia hacia el Capitolio y para ello se abatieron más de doscientas casas y algunas iglesias; el 4 de abril entra por el Foro y a lo largo del mismo se erigen una serie de arcos triunfales hasta San Pablo Extramuros. Es el día 5 cuando entra en Roma a la manera de los emperadores romanos, aclamado por el pueblo, montado en caballo blanco y con séquito que en nada desmerecía a los anteriores: 4.000 veteranos de la campaña de Túnez entre los que figuraban tercios viejos, infantes italianos y landsquenetes alemanes, 500 jinetes, nobleza romana y embajadores acreditados en Roma, 50 adolescentes de lo más selecto vestidos de seda violeta, la curia cardenalicia y 200 soldados de la guardia imperial que cerraban el cortejo. Así hasta la Plaza de San Pedro donde le esperaba Paulo III para celebrar el acto religioso en la Basílica.

Conclusiones

En todas las celebraciones analizadas, que pueden resultar paradigmáticas, observamos que están siempre presentes dos elementos, el **militar** y el **religioso**. El primero se aprecia en el cortejo triunfal del que forman parte las tropas vencedoras y las enseñas de los vencidos, ya sea desfilando en el propio cortejo con su presencia física, como sucedía en la Roma clásica, ya sea de manera simbólica mediante enseñas o leyendas alusivas, como ocurre en la carroza de Maximiliano I.

En todas las celebraciones triunfales se parte de un espacio exterior urbano para concluir en un templo: en el caso de Roma, porque el general no podía entrar con armas en la ciudad, cuya tutela corría a cargo del Prefecto de la Urbe; en los casos de Alfonso V el Magnánimo y de Carlos V, porque lo que se conmemoraba era precisamente la paz concedida, a los napolitanos por el primero y a la cristiandad por el segundo. En la práctica se trataba de la celebración de la Paz obtenida tras la victoria. Así figuraba ya de manera alegórica en algunos arcos romanos y en los arcos de Carlos V, concretamente en Sevilla y en Roma. Es fácil entender cómo en el ritual romano, desde el punto de vista formal, destaca la preeminencia del elemento religioso, primero con la purificación extramuros, después con la culminación en el templo de Júpiter Capitolino. Lo que hace más tarde el monarca cristiano es rodearse de los prelados más eminentes para concluir igualmente en un templo (la catedral en Sevilla, San Petronio en Bolonia o San Pedro en Roma).

En el imperio romano, como vemos en el canon de virtudes de Valerio Máximo, que escribe bajo el régimen de Tiberio, a las cuatro virtudes cardinales, **Prudencia**, **Justicia**, **Fortaleza** y **Moderación o Templanza**, se

suman dos nuevas virtudes en forma de alegoría, la **Seguridad** y la **Fidelidad**. Ambas son privativas de los regímenes absolutistas, como era el de Tiberio, pues aunque se había perdido la libertad de la república, causante de tantas guerras civiles, ahora se compensaba con la seguridad y tranquilidad, que daba el nuevo régimen, y en consecuencia se exigía de los ciudadanos la fidelidad al mismo. Las monarquías absolutistas de los siglos XV y XVI incluyen también por ello estas dos virtudes, como se aprecia en la carroza de Maximiliano I y en los arcos de Carlos V.

El cristianismo introdujo las tres virtudes teologales de la **Esperanza**, la **Fe** y la **Caridad** y así figuran en todos los arcos y carrozas triunfales ya en el Renacimiento, tomando como referente la celebración de la Eucaristía y su desfile procesional. En una clara simbiosis de paganismo y cristianismo, a la vez que se exalta el Sacramento en el desfile procesional, las calles y edificios se decoran a la manera romana cuando tiene lugar la *ovatio* o aclamación del público que presencia el desfile.

A su vez el Renacimiento introdujo tres nuevas virtudes, la **Magnificencia**, el **Honor** y la **Gloria** por formar parte del nuevo concepto de hombre ilustrado y mecenas frente a la escasa ponderación de estas virtudes en la Edad Media. Los Médici, Sforza, Visconti y otras dinastías italianas trataron de celebrar y transmitir su gloria mediante una labor de mecenazgo que en gran medida ponía sus ojos en Augusto y Trajano. Los Reyes Católicos y el propio Carlos V, siguiendo los pasos de la Corona de Aragón en Nápoles y Sicilia, no le fueron a la zaga y así se aprecia en los relieves del Triunfo Alfonsino o en los medallones de las universidades de Salamanca y Granada.

Novedad renacentista igualmente reseñable por lo que encierra de doctrina política es la introducción de la **Razón** y la **Verdad** que figuran en la carroza de Maximiliano I. Estas dos virtudes, ajenas al mundo romano, deben ser interpretadas como un alegato doctrinal de algunos humanistas, especialmente de Erasmo, tan vinculado a Carlos V, en favor de la moderación del poder frente a los postulados de Maquiavelo. En efecto, para Maquiavelo, más que la posesión de las virtudes propiamente dichas como rasgos que justifican el poder, lo que cuenta es la conquista del poder por sí mismo y los medios para mantenerse en él dentro de un laicismo ajeno por completo a la tradición cristiana y que rompe con la tradición ética aristotélica y estoica³³.

³³ Séneca sirvió de modelo de pensamiento político en el Renacimiento, abogó siempre por el ejercicio del poder moderado del soberano defendiendo la legitimación de éste sólo en el caso de estar revestido de virtudes, como podemos observar en los diferentes tratados filosóficos y en tragedias como *Tiestes* o *Las troyanas*. También Tácito, el otro gran referente doctrinal en el Renacimiento, especialmente en sus *Anales e Historias*, critica el ejercicio del poder desmedido en los sucesivos emperadores y aunque acepta el poder unipersonal, lo hace siempre desde el ejercicio moderado del mismo. Para Aristóteles, el monarca ha de ser el resultado del viejo modelo

Es la sublimación de la razón de Estado frente a la razón ética y moral. En ambas concepciones del poder está presente la **Fortuna**, pero en el caso de los monarcas de tradición cristiana, esa Fortuna, que aparece en la celebración alfonsina, en la de Maximiliano y en la de Carlos V, está sometida a la voluntad de Dios. De hecho, en el carro de Durero, delante del Emperador mismo y suspendido del palio, figura un medallón con la inscripción: *In manu Dei cor regis est* (El corazón del rey está en la mano de Dios)³⁴.

Y concluimos con otro paralelismo, el del público asistente que, mediante la *ovatio* en Roma, y la aclamación con cánticos, danzas, bailes y juegos ratifica y asiente a la celebración y a los méritos del vencedor.

Una vez más destacamos la importancia de una tradición secular en el ámbito castrense.



Arco triunfal erigido en honor de Carlos V sobre el puente de Alcántara

aristocrático que rige a sus gobernados valiéndose de la justicia, pero platonismo y aristotelismo llevan a formulaciones políticas que distan mucho de la democracia, más bien confluyen en una teocracia autoritaria fundada en valores absolutos anclados en lo divino.

³⁴ A su vez, en el palio que da cobijo a Maximiliano puede leerse: QUOD IN CELIS SOL HOC IN TERRA CAESAR EST (Lo que es el Sol en el cielo, eso es el César en la Tierra). Es de sobra conocida la significación pagana del *Sol invictus* y su asunción por los emperadores romanos como símbolo de poder absoluto. De las monarquías orientales pasa a Roma y de Roma al cristianismo (recuérdese la Custodia en la Eucaristía) para finalizar en las monarquías renacentistas y modernas (El Rey Sol).

BIBLIOGRAFÍA

- BATAILLON, M.: *Erasmus y España. Estudio sobre la historia espiritual del siglo XVI*. Buenos Aires, 1966.
- BIGALLI, David: *Imagini del príncipe (Ricerche su política e umanesimo nel Portogallo e nella Spagna del Cinquecento)*, Milán, 1985.
- BURCKHARDT, Jakob: *La cultura del Renacimiento en Italia*, Barcelona, Iberia (Nueva Edición), 1971.
- ERASMO, Desiderio: *Obras escogidas*, translación castellana directa, comentarios, notas y un ensayo bibliográfico por Lorenzo Riber, Madrid, 1964.
- ESPADAS BURGOS, M.: *Buscando España en Roma*, Barcelona-Madrid, 2006.
- GARIN, E.: *La cultura del Rinascimento*, Bari, 1964.
- GELIO, Aulo: *Noches áticas*. Introducción, traducción, índice y notas de S. López Moreda, Akal Clásica, Madrid 2008.
- GIL FERNÁNDEZ, Luis: *Estudios de humanismo y tradición clásica*, Madrid, Univ. Complutense, 1984.
- GIOVIO, PAOLO (Jovio, Paulo): *Historiarum sui temporis ab a. 1494 ad a. 1547 libri XLV*. París, 1553. Traducido al francés por Denis Sauvage, 1579.
- Historia general de todas las cosas svccedidas en el mundo en estos cincuenta anos de nuestro tiempo, en la qual se escriben particularmente todas las victorias y sucesos que el invictíscimo Emperador Don Carlos uvo dende que comenzó a reynar en España hasta que prendió al Duque de Saxonia. Escrita en lengua latina por el doctísimo Paolo Giovio, Obispo de Nochera, traducida del latín en castellano por el Licenciado Gaspar de Baeça, Andrea de Portonariis (Salamanca), 1562-63.
- Elogia virorum bellica virtute illustrium: septem libris iam olim ab auctore comprehensa ...*, Basilea, 1575.
- GÓMEZ MORENO, Antonio: *España y la Italia de los humanistas*, Gredos, Madrid, 1994.
- HERNANDO SÁNCHEZ, Carlos José: «El reino de Nápoles de Fernando el Católico a Carlos V (1506-1522)», en BELENGUER CEBRIÁ, Enest: *De la unión de coronas al Imperio de Carlos V*. Actas del Congreso Internacional, Barcelona, 21-25 de febrero de 2000, Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, 79-176.
- IGUAL ÚBEDA, Antonio: *Iconografía de Alfonso el Magnánimo*, Valencia, Institución Alfonso El Magnánimo, 1950.

- KRISTELLER, P.O.: *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, México, 1982
- LAFOND, J.(ed.): *Le modèle à la Renaissance*, Ed. Librairie Philosophique, J. Vrin, Paris, 1986.
- LÓPEZ MOREDA, Santiago: *Valerio Máximo. Dichos y hechos memorables. Introducción, traducción, índice y notas*. Ed. Gredos. Madrid, 2003.
 «El modelo de princeps en la obra histórica de Lorenzo Valla», *Humanitas*, 56 (2004), pp. 401-423.
 «Función de los *exempla* en Valerio Máximo y su pervivencia en la Edad Media y Renacimiento», en Francisco de Oliveira (ed.), *Génesis e consolidação da Ideia de Europa*, vol. III, Universidade de Coimbra, Coimbra, 2005, pp. 39-65
Valerio Máximo en el Panormita: el canon de 'virtudes' del rey Alfonso, el Magnánimo. Edizione Nazionale delle Opere di Lorenzo Valla, Pubblicare il Valla, a cura di Mariangela Regoliosi, Edizioni Polistampa, Firenze, 2010 (en prensa).
- MAQUIAVELO, N.: *El Príncipe*. (Traducción y comentario de C. Roux-Lehman), París, 1980.
- MALKIEL, M.^a Rosa Lida de: *La idea de la fama en la Edad Media castellana*. México: FCE, 1952.
- NIETO SORIA, Manuel: «Apología y propaganda de la realeza en los cancioneros castellanos del siglo XV. Diseño literario de un modelo político», en *La España Medieval*, 2 (1988), pp. 185-221. Incluye abundante bibliografía sobre el tema.
- PAGUEN, Anthony: *Lords of all the world. Ideologies of Empire in Spain, Britain and France c. 1500-c. 1800*, Yale University Press, New Haven and London, 1995, pp. 19-23.
- PEREIRA IGLESIAS, J.L.: «La historia y el poder en el Renacimiento», *Excerpta Philologica Iosepho Ludovico Pereira Iglesias sacra X-XII* (2000-2002), pp. 31-44.
- PÉREZ, Joseph: *Isabel y Fernando. Los Reyes Católicos*. Madrid, Nerea, 1988.
- REGOLIOSI, Mariangela: «Riflessioni umanistiche sullo scrivere storia», en *Rinascimento*, 31 (1991), pp. 3-37.
- SOARES CASTRO, Nair N.: «Humanismo e História. Ars scribendi e valor do paradigma», en *Mathesis*, I (1992), pp. 153-169.
O príncipe ideal no século XVI e a obra de D. Jerônimo Osório, Coimbra, 1994.
- STEGMAN, André: «Le modèle du prince», en J. Lafond (ed.), *Le modèle à la Renaissance*, J. Vrin, Paris, 1986, p. 118.

- SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis y FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: «*La España de los Reyes Católicos (1474-1516)*», en *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, Madrid, Espasa-Calpe, 1978, pp. 426 y ss.
- SUETONIO: *Vida de los Doce Césares*, Augusto.
- TATE, R.B.: *Ensayos sobre historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid, Gredos, 1970.
- ULLMANN, Walter: *Principles of government and politics in the Middle Ages*. London, 1961.
- VALLA, Laurentius: *Gesta Ferdinandi regis Aragonum*, edición de Ottavio Besomi, Editrice Antenore, Thesaurus mundi, Bibliotheca Scriptorum Latinorum Mediae et Recentioris Aetatis, Padova, 1973.
- VENTURELLI, Paola: «L'ingresso trionfale a Milano dell'imperatore Carlo V (1541) e del Príncipe Filippo (1548). Considerazioni sull'apparire e l'accoglienza», en Martínez Millán, José (coord.); Bravo Lozano, Jesús y Labrador Arroyo, Félix (coords.) vol III: *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*, Madrid: Sociedad Estatal para la conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, 51-83.
- ZANKER, P.: *Augusto y el poder de las imágenes*, Madrid 1987.
- ZURITA, Jerónimo: *Anales de Aragón*. Edición de Ángel Canellas López. Publicación número 2.473 de la Institución «Fernando el Católico». Ex-cma. Diputación de Zaragoza, 1998.